

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Librato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, correosales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Martes 9 de Mayo.

El Eco de Cartagena

NUESTRA EPOCA.

Hijo amantísimo de mi siglo, admirador de sus glorias, entusiasta de sus triunfos, idólatra de su poder, ávido de su luz, siento despertarse hacia el mis sentimientos mas vivos de tierna afecion y solicito carifio. Oigo tantas veces á mi alrededor las injurias con que le escarnecen, los sarcasmos con que le insultan, las calumnias con que le deprimen, los satánicas carcajadas de sus enemigos cuando pueden denunciar al mundo los errores, las faltas de nuestra época, monstruosamente abultados con aviesa intencion, que la paciencia mas humilde no basta para permanecer mudo tanto tiempo guardando vergonzoso silencio, sin defender con generoso ardimiento á uno de los siglos mas grandes de la historia. El ánimo se contrista al considerar pueda haber hijos tan ingratos que no solo no celebren con regocijo en el fondo de su alma tener tan noble padre, proceder de tan insigne estirpe, si que, llevando su ceguera hasta el último limite, renieguen de su origen y deploren con amargas frases no haber nacido en otras edades mas conformes con sus gustos, con sus propósitos con sus creencias y su fé.

El hombre, en presencia de la realidad y envuelto en ella, cual desdichado náufrago entre las mugidoras olas de una mar sombría y procelosa, forcejea por desasirse de todas las trabas que le sujetan; y, fija la vista en el luminoso faro de la verdad absoluta, trata de llegar al puerto del supremo saber, anhelando descansar eternamente de las fatigas y quebrantos que le cuesta la lucha sin fin y sin trégua emprendida para conquistar el ideal de toda perfeccion. Y asi como cada hombre tiene su ideal y lo busca y lo persigue y trata con todas sus fuerzas de acercarse á él mas y mas, asi tam-

bien cada pueblo, cada raza, cada edad, cada época, cada siglo, la humanidad misma tiene igualmente nobles aspiraciones, ambicionan llegar á poseer el molde en que deben vaciarse sus ideas y sus acciones para estar conformes con la justicia infinita, con la verdad primera, con la belleza absoluta, con el bien por excelencia, con el Ideal, en fin, que vislumbramos en los momentos de inspiracion, al combatir por nuestro honor presente, al pelear por nuestra gloria futura, al vencer á nuestros sentimientos con nuestra voluntad acometiendo heroicas empresas. ¡Desgraciado el hombre, desgraciada la humanidad, si llegara un dia en que fueran insensibles á la magia, á los encantos, á las seducciones, á los éxtasis, al imperio arrebatador de lo Ideal! No vale tanto la vida para que trate de conservarse por el solo placer de vivir sobre la tierra como viven esos raquíticos musgos inmóviles sobre la áspera superficie de las rocas, esos mezquinos líquenes abrazados á la ruda corteza de los árboles, esas pobres algas sujetas por el pie al lecho de las aguas que agitan á lo mas con su corriente su verde cabellera; no vale tanto la vida por sí sola para empuñarse en vivir pegados al suelo, como la ostra vegeta adherida á las desigualdades de los peñascos submarinos, como el coral; árbol de piedra con flores animadas, extiende bajo las ondas sus ramificaciones inertes, producto de la vida; como la esponja agarrada al fondo de los mares y que se deja atravesar indiferente por las amargas lufas del vasto Oceano. No. La vida para el hombre es y debe ser siempre un principio superior y consistir en algo noble, digno, levantado y generoso. No se vive por el solo placer de respirar el aire puro de la campiña; para recrear el olfato con el aroma de las flores; el gusto con la dulzura de la miel bíblica, la vista con los bellos panoramas de la tierra, el oído con las armonias de la naturaleza y para calentarse á un rayo de sol, mecarse en una hamaca á la claridad de la luna y dormir

tranquilo á la vacilante luz de las lejanas estrellas. Hay otra vida superior á esta, vida propia y exclusiva del hombre y en manera alguna comun á las plantas y á los animales; vida de afectos y de ideas; vida del corazon y de la mente; vida de lucha, de pasion, de entusiasmo, de energia, de ambicion y de gloria; la vida de la familia, del amor, de la amistad y de la patria; la vida de la abnegacion y el sacrificio; la vida de los héroes y de los mártires; la vida de la ciencia y el arte, de la religion y la filosofia, del derecho y el deber. Esta es la verdadera vida del hombre, siempre ha vivido lo mismo, asi vive y vivirá hasta que desaparezca de sobre la haz de la tierra. No hay Humanidad sin Ideal, ni sociedad humana sin problema que resolver, ni individuo sin deseos que impulsen su alma y animen su vida, marcándole el derrotero que ha de seguir hasta la muerte.

Si, vivimos por el ideal y para el ideal, con el deseo de avasallarlo, con la ilusion de conseguirlo algun dia y, no obstante, sin la esperanza de verlo realizado y con el temor de no alcanzarlo nunca. Grecia, agitada por el problema filosófico; Roma, preocupada con el problema juridico de la dominacion politica y de la ley civil; Italia, enamorada del problema artistico de la belleza plástica; Alemania, combatida por la aspiracion de resolver el problema científico; España, agitada en otro tiempo por dar solucion al problema moral con la unidad religiosa y la monarquia absoluta; la Edad Media, batallando para resolver el problema de las nacionalidades planteado por el Imperio que se derrumbaba y por los Barbaros que crean una nueva sociedad sobre las bases del cristianismo y del feudalismo, el siglo XVIII, legando al nuestro los datos obtenidos por las revoluciones americana y francesa para llevar á feliz término el problema político; el Renacimiento, la Reforma, la Enciclopedia, la Revolucion, llevando nuevos gérmenes de vida á la Iglesia, al Estado, á la Sociedad; todo esto nos dice con abrumadora elocuencia que siempre, siempre han

rendido todos los hombres fervoroso culto al Ideal. Esto aprendemos en la historia, maestra universal de grandes y provechosas enseñanzas, y esto advierte á quien abre con respeto las amplias hojas de tan magnífico libro, escritas con caracteres de oro en indestructibles bronce. Y, sin embargo, hay quien tacha á nuestro siglo de eludir esa ley necesaria, notándole de vit adorador del interés, de la realidad, de lo material y los que de este modo se expresan creen ser verdaderos idealistas llenos de fé en los destinos de la humanidad y en el cumplimiento de los fines de la vida humana y ven el limite de lo ideal en surgirnos de nuevo en plena Edad Media, en retroceder á los siglos del oscurantismo y la barbaria, de la servidumbre y la rapiña feudal de las terribles guerras de religion y de conquista!

El siglo de Chateaubriand y Leopardi, de Lamartine y Victor Hugo, de Goethe, de Byron, de Quinlan y de Manzoni; el siglo de Napoleón; el siglo de Cavoue y de Bismarck; ama los grandes propósitos, las nobles ideas, los generosos sentimientos, las sublimes empresas; no siente encenderse su alma, devorada por la ardorosa fiebre del ideal, por la locura de la pasion, por el fuego del heroismo, por el vértigo del infinito. ¡Oh! ¿Quién ha dicho esto? ¿Qué Homero cantaria con vigoroso estro, con nùmen apolíneo, las portentosas, gigantescas hazañas de la Corso, sediento de gloria, ávido de la inmortalidad, dominador del mundo, mas humano que Atila, mas divino que César y Alejandro, mágico prodigioso que despertó violentamente á la adormecida Europa del soporifero latargo de muerte en que yacia, berrando las frentes antiguas con las bayonetas de sus soldados, fundiéndolas coronas de los antiguos reyes al calor de la pólvora de sus cañones, derribando al suelo con estrépito sólios seculares al impetu de las cargas de su caballeria, mostrando al viejo continente con la acerada punta de la flamígera espada de Austerlitz y de Jena, de Ulma y de Marengo los anchos